JUAN A. MACKAY

EL SENTIDO DE LA VIDA

PLATICAS A LA JUVENTUD



EDITORIAL MUNDO NUEVO
MONTEVIDEO
1931

Presented to the Library
of Princeton Theological Seminary
John A. Mackay

El Sentido de la Vida

OBRAS DEL AUTOR

Don Miguel de Unamuno (Lima)

La Profesión de Hombre (Lima)

Wordsworth y la Escuela Laquista (Lima)

Los Intelectuales y los Nuevos Tiempos (Lima)

La Filosofía del Triángulo Rojo (Montevideo)

"...Mas Yo Os Digo:" (Buenos Aires - Montevideo)

El Sentido de la Vida (Montevideo - B. Aires)

JUAN A. MACKAY



El Sentido de la Vida

PLATICAS A LA JUVENTUD

Prólogo por

JUAN MANUEL VILLARREAL

Editorial Mundo Nuevo
Montevideo
1931

Uruguay

CONTENIDO

ENVIO

Doctor Mackay:

Vd., con esa bondad nazarena que lo caracteriza, quiso —allá por 1928, en aquella casona colonial de la calle Sochantres, en Montevideo, donde compartí con Vd., su admirable esposa y sus pibes, unos días hogareños ejemplares— quiso, digo, que yo escribiera unas líneas evocando el ambiente en que fueron dichas estas charlas.

Cumplo ahora con mi promesa. Disculpe Vd. si defraudo su esperanzada bondad. Puntofinalizo estas líneas en horas en que la juventud de mi patria se apresta para una difícil jornada. Como soldado —llevado por azares del destino a los puestos de vanguardia de esa empresa de libertad— buscaré, a usanza de los caballeros antiguos, mi numen tutelar en la altanera pureza de sus días de hombre de acción. Ojalá las esperanzas de la lucha que ya hemos iniciado me permitan siempre elevarme a la altura de ese espejo de hidalguía y entereza viril. Ese será el mejor homenaje, doctor Mackay, que mi amistad puede rendir a un hombre que, como Vd., tanto ama la libertad, el amor y la justicia.

JUAN MANUEL VILLARREAL.

La Plata, Abril, 1931,

A Manera de Prólogo

1

Fué en 1928. El año era tan nuevecito que sólo tenía cinco o seis días de gozo. Salimos de Buenos Aires con sueño en las pestañas y un afanoso deseo de holganza y libertad. Iban conmigo Andrés Ringuelet —rubio y chacotón— y Enrique Moreno, pulido y académico. Además

los muchachos porteños cuyas manos acabábamos de estrechar. El campo llegó después. Fué el último en embarcarse y resultó el más entretenido de todos los compañeros de jornada. Su traje azul y verde, bajo el aire fresquito de la mañana, remozaba su encanto en el descanso de cada estación.

Al mediodía el sol tostaba la pampa. El calor solidificaba el aire. El tren trotaba y trotaba bufando entre tierra y sol.

Después de ocho horas de viaje a través de una pampa de fuego, la locomotora comenzó a trepar, ansiosa de aire fresco, las primeras rudezas serranas. Los vallecitos iniciales dilataron en nuestras pupilas, cansadas de tanta llanura gris, sus verdes jugosos. El fuego de esa pampa infernal de enero nos secaba el alma.

—Ya llegamos, gritó alguien, y el corazón latió al compás acelerado de la locomotora en su esfuerzo final. Sacamos la cabeza por la ventanilla, ansiosos de no perder detalle de la llegada. Nos acercábamos al puente enorme que cruza el Sauce Grande. Los frenos chillaron y la ventanilla enfrentó al letrero de la Estación: meta de aquel viaje de fuego y polvo. ¡Sierra de la Ventana! ¡Qué alivio leer las cuatro palabras escritas en letras blancas sobre negro, como una leyenda arcangélica!

. . . Y fué aquella tarde, en el porche fresco de la Estación, después de largas horas de sol y sed, cuando mi corazón descubrió los ojos azules del Dr. Mackay. Era un hombre alto, rubio, de mano ancha y mirada limpia. Había tanta lealtad en aquel mirar, tanta inesperada bondad, que fué como si un agua bautismal nos apagara las sedes del camino. Era el agua purificadora y fuerte —agua serrana— de una amistad nacida al auspicio de un apretón de manos. ¡Presente de Dios!

2

Primera noche serrana. Cenamos. Y aquí un paréntesis pantagruélico. (¡Alabado sea el cocinero de Ymcápolis! ¡Qué sopas de verduras, de legumbres carnosas cosechadas en los valles de húmeda tierra negra, qué guisos que envidiaría el mismo Brillat Savarin, qué arroz con leche y qué almíbares que aún ahora me llenan la

boca de agua! ¡Qué rito casi sagrado es comer cuando se tiene ese apetito que el aire de la Sierra despierta, y cuánto más sabroso resulta el yantar cuando lo prepara el cocinero sabio de Ymcápolis, honra y prez de todos los cocineros del mundo!) Después de cenar nos reunimos en la terraza del chalet. Las ranas chacoteaban junto al arroyo, en la hondonada del barranco. Un aire fresco enrulado, conversaba entre los árboles. Allá arriba las estrellas predicaban su vieja lección de eternidad.

El porche estaba oscuro. Mackay, sentado en un rincón, era una larga silueta gris. Dos o tres muchachos más estábamos sentados, junto a la mesita de mimbre, en sendas sillas terreras. El silencio y la alegría de vivir eran los otros compañeros de velada.

Apenas hacía unas horas que nos conocíamos y ya la charla era fácil, como es fácil el recuerdo entre amigos viejos encontrados en una encrucijada del camino. Cada uno abría su corazón con esa sinceridad que contagia la vida del campamento. El pasado de cada cuál ponía, al llegar, perspectivas a nuestras figuras, ansia de salvarlo de la muerte confidenciándolo a espíritus amigos. El diálogo nacía al auspicio de ese afán y generalizaba la charla. Por veces el silencio decía su palabra sincopada con el croar de las ranas y el chistar del viento entre los pinos de la barranca.

Juan A. Mackay había nacido en Inverness. Sus ojos azules de niño tempranamente alucinado con el misterio de Dios gozaron el paisaje de Escocia. En Aberdeen graduóse, ya mozo, en Filosofía y Letras, mereciendo un premio de los acordados a los mejores estudiantes de Filosofía. Su profunda fe religiosa fué acerando su espíritu en una vida casi ascética. "Hasta el deporte —nos decía Mackay aquella noche— me parecía un pecado."

Asistió a la Universidad de Princeton y luego en Madrid siguió los cursos del Instituto de Estudios Históricos. Por fin —y aquí comienza la parte más interesante de la vida de este escocés enamorado de Cristo— llegó a Lima. Su obra en la vieja Ciudad de los Reyes le ha hecho acreedor al título de ciudadano de América. Los muchachos del Perú, en cuya Universidad de San Marcos fué profesor de Metafísica, hallaron en él un maestro. Las

horas inquietas de la revolución universitaria contagiaron su quijotesco corazón. Su palabra orientó aquel fervor heroico y en su casa —el Colegio Anglo-Peruano que fundara— se salvaron de las iras del tirano jóvenes como Haya de la Torre. Esa actitud magistral, que casi le obligó a salir del Perú por orden de Leguía,no era en él un albur del destino sino una vocación que hallaba su centro. Pocos hombres tendrán como Mackay tanta ejemplaridad para ser llamados por la juventud: maestro. Su propia devoción por la figura del galileo le ha contagiado esa capacidad de enseñar con amor que José Enrique Rodó exigía como cualidad cardinal del verdadero maestro.

Hay admiraciones que definen a un hombre. El doctor Mackay admira a Unamuno. Como él tiene hondas preocupaciones religiosas y morales. Como el ilustre rector de Salamanca quiere rescatar el sepulcro de Nuestro Señor Don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos. Y bien sabemos todo lo que ésto significa ante los vientos de frivolidad y utilitarismo que soplan por las veredas del mundo.

Por aquellos días del campamento Mackay, según nos dijo esa primera noche de nuestro conocimiento, se disponía a partir para México. México, país que sabe elegir a sus hombres, lo llamaba para colaborar en la grande obra de reconstrucción nacional. Allí pensaba buscar su terruño aquel hombre rubio, para trabajar en una de las epopeyas más grandes de la América contemporánea, con ese fervor que ya había demostrado en otras empresas de su vida de hombre de pensamiento y de acción.

Entretanto la esquila del campamento llamaba a reposo. Allá abajo, junto al arroyo, andaban las medallas de los faroles con que los primeros dormilones buscaban sus carpas. Arriba —en el añil serrano— la Cruz del Sud evocaba, una vez más, el símbolo del maestro de Galilea. Símbolo al que Mackay ha dedicado la acerada ejemplaridad de su vida.

3

Por las mañanas —cristal, oro y azul— después del desayuno los muchachos del campamento nos reuníamos a escuchar las charlas que el doctor Mackay—integrando

el programa espiritual del veraneo— nos dedicaba.

Hay en Ymcápolis un breve pinar. Allí, cuotidianamente, durante seis o siete mañanas nuestro amigo nos expuso las pequeñas conferencias que forman este librito. Ningún lugar más propicio para aquellas conversaciones que aquel bosquecillo de pinos. El pino es un árbol con alma ascética y siempre se me ha ocurrido el mejor compañero del hombre limpio de cuerpo y alma.

Allí —en tan austero marco— la palabra magistral adquiría una intensidad inolvidable. La figura apostólica se magnificaba en el fuego profético de sus conversaciones. Si algunas veces la voz se tornaba tajante como acero toledano para repudiar las maldades de los hombres, otras, y eran las más, tenía la serena dulzura del consejo.

Y mientras las palabras aleteaban entre nosotros como halcones de altanero vuelo, los ojos azules del doctor Mackay nos calaban el alma, escudriñando nuestra intimidad más auténtica. Confieso que en aquellos momentos he sentido esa vergüenza que los pecadores deben experimentar al confesar sus culpas de hombres de carne y hueso. Aquella mirada —limpia, incisiva, cordial— nos recordaba la alegre belleza de ser justos y buenos sin mojigatería. ¡Justos y buenos virilmente!

Quien no haya oído nunca al doctor Mackay no podrá interpretar la grandeza que encierra este librito de charlas ejemplares. Desgraciadamente las páginas impresas no pueden reproducir en su muda blancura el eco de aquella voz, el gesto de aquella mano crispada, la claridad inadgetivable de aquellos ojos. Ese triple prestigio inasible sólo puede reproducirlo hoy, en el cielo del recuerdo, nuestro corazón. Allí, lo guardamos como un tesoro de inalterable amistad.

JUAN MANUEL VILLARREAL.

La Plata, Abril, 1931.

I

EL SENTIDO DE LA HOMBRIDAD

Tenía razón Carlos Wagner al afirmar que: "Hay algo más raro que un gran hombre: es, un Hombre". En verdad que es más fácil ser médico, abogado, literato, artista o ingeniero, que hombre. Y, por lo mismo de ser la profesión de hombre la única universal, es ella a la vez la más básica e importante de las profesiones humanas.

¿Qué significa ser hombre, todo un hombre? ¿Dónde se encuentra un verdadero humano y cómo se le conoce? Creyeron encontrar uno aquellos campesinos ibsenianos que salieron al encuentro del joven clérigo Brand, al haber cruzado éste, en frágil botecito, las aguas embravecidas de un fiord noruego, para cumplir con lo que creía su deber. "Hace tiempo que nos hablan del buen camino", dijeron a Brand, "y nos lo indican con el dedo. Más de uno lo ha señalado, pero tú eres el primero que lo ha seguido. Un millón de palabras no valen lo que un hecho. Por eso venimos a buscarte en nombre de todos, porque lo que nos hace falta es un hombre". Tam-

bién Pilatos, aquel escéptico y timorato gobernador romano de Judea, creyó ver todo un hombre en cierto reo que hicieran comparecer ante él en ocasión inolvidable. "Ecce Homo", dijo a los ruines acusadores del Nazareno. "He aquí el Hombre".

La cualidad de hombre, en el sentido cabal de la palabra, Unamuno la ha llamado "hombridad". Nos cuenta, en uno de sus ensayos, que, leyendo al gran historiador y psicólogo portugués Oliveira Martins, le hirió la imaginación la voz "hombridade" que éste aplicaba a los castellanos. "Hombridade" le pareció un hallazgo. Conforme la emplea Unamuno, esta voz encierra cualidades más amplias que la simple probidad u honradez indicada por "hombría de bien". Su sentido es mucho más comprensivo y viril que "humanidad", o "humanismo", voces que se hallan estropeadas por oler a pedantería, a secta o a doctrina abstracta. Hombridad es "la cualidad de ser hombre, de ser hombre entero y verdadero, de ser todo un hombre". "¡Y son tan pocos los hombres", agrega Unamuno, "de quienes pueda decirse que sean todo un hombre!".

Adoptando esta simpática acuñación lingüística del gran vasco —quien, dicho sea de paso, es uno de los ejemplos más legítimos de la hombridad en la escena contemporánea— vamos a ensayar el retrato de un verdadero arquetipo humano.

1

El hombre verdadero ha de ser, en primer término, la negación de ciertos arquetipos bastardos que gozan todavía de mucho prestigio, ya sea entre las muchedumbres, ya sea entre la *élite* intelectual o social.

Un arquetipo humano muy clásico, que goza de notorio prestigio entre cierto sector de la sociedad, y en algunos países más que en otros, se llama Don Juan Tenorio. Don Juan, que recibiera primero personalidad literaria

en "El Burlador de Sevilla", de Tirso de Molina, comparte con Fausto el triste honor de ser el personaje más universal de la literatura europea desde el Renacimiento a esta parte. ¿Quién es Don Juan? Por cierto que entre los Don Juanes de Tirso, de Zorrilla, de Molière, de Byron, y los de una ciudad sudamericana, hay marcadas diferencias de sensibilidad moral. En el fondo, sin embargo, son idénticos. Don Juan no cambia; blasona siempre la misma enseña: "Yo y mis sentidos". Pero, con todas sus bravatas y aires de guapo, es un perfecto calavera a quien la lujuria ha entontecido. Es rara vez un gran apasionado; antes casi siempre un frío calculador. Hace alarde de su libertad. Vive, no obstante, en la esclavitud más absoluta, ya que lo manejan a su antojo los impulsos de la carne o los mandatos irresponsables de un perpetuo "porque sí". Hace poco el distinguido médico español Dr. Marañón dejó caer una bomba en el campo tenorista, llamando a Don Juan, "una monstruosidad biológica". Empero merece éste el calificativo, pues no tiene vuelta de hoja que así moral como físicamente resulta un ser anormal.

Pero hay muchos jóvenes, por desgracia, que sin convertirse en Don Juanes de oficio, creen que para ser hombres hay que tomar lecciones en la escuela de Tenorio. Recuerdo el triste caso de un mozo peruano que fué aclamado héroe por un grupo de compañeros suyos, al descubrirse que aquél había contraído una de las enfermedades que van a la zaga del tenorismo. En opinión de esos jóvenes ingenuos, aquél se había hecho ya hombre. Pero un hombre es otra cosa. Un hombre reconoce que el instinto sexual es perfectamente natural, tan natural como cualquier otro, y adopta entonces frente a él una de estas dos actitudes. Sin reprimirlo, para que no forme en su personalidad complejos freudianos, lo sublimiza, buscando alguna actividad de orden superior que absorba su pasión. O, de otro modo, canaliza honradamente su instinto dentro del cauce del matrimonio,

aceptando y aún persiguiendo las consecuencias y obligaciones naturales que le trae la fundación de un nuevo hogar.

Creo que si reflexionaran un poco los jóvenes sobre las posibles consecuencias que acarrea a otros una pasión irregular, repudiarían para siempre todo amago de tenorismo. No olvidaré nunca una experiencia que tuve en la ciudad de Valparaíso. Había dirigido unas palabras de aliento a un grupo de mozuelos, vendedores de diarios, que concurrían todas las noches a unas clases que organizara para ellos la Asociación Cristiana de Jóvenes de aquella ciudad chilena. Al retirarme luego del local pregunté al secretario que me acompañaba: "¿Cómo explica usted el contraste tan extraordinario entre los semblantes hermosos e inteligentes de muchos de esos muchachos y los harapos que visten y la posición social que ocupan?". Mi compañero me contestó con estas palabras tan trágicamente sugestivas: "Ninguno de ellos conoce a su padre". Y ¿esos padres? Tenorios de una capa social superior.

2

Otro arquetipo humano, más culto y correcto quizá, pero no menos bastardo y subhumano, es el "snob". El "snob" pertenece a la Antigua y Aristocrática Orden del Pavo Real. En virtud de la sangre que corre por sus venas, o la posición social que ocupan, o las propiedades que poseen, o la cultura que han adquirido, los miembros de esta orden sienten el más alto desdén por los demás hombres, ante quienes no pierden oportunidad de pavonearse, cuidando de no alternar con nadie que no sea de su círculo.

En lo social el "snob" es a menudo un hermoso animal que, al no encontrar la sociedad genial de los suyos, muestra preferencia por la de los canes y caballos. Fué pensando en esta rama del "snobismo" que Bernard

Shaw dijo aquello de que: "Es permitido a las damas y los caballeros de hoy tener amigos en la perrera, mas no en la cocina". Por cierto que resulta asombrosa y desconcertante la cantidad de gente que pone de manifiesto su subhumanidad, tirando más a lo canino y lo caballar que a lo humano.

Otra especie de "snob" se dedica a las letras. Lo que persigue el "snob" literario es el lucimiento más que el alumbramiento. Tiene la obsesión de la forma, preocupándole poco el fondo. Blasonando la jerga de "el arte por el arte", pasa la vida rebuscando cortes y colores nuevos, resultando de esta suerte sastre de lo efímero, cuando debería hacerse escultor de lo eterno. Los únicos aspectos de la vida que le interesan al "snob" son los vistosos y llamativos. Espectador sentado en su torre de marfil o su tallado balcón aristocrático, mantiénese alejado de todo contacto con la vida real y verdadera. Jamás se le ocurre poner su talento al servicio de una idea o causa nobles. Y cuando se da el caso, como a veces sucede, de que un "snob" de las letras escribe un libro de fondo, lo hace casi siempre sobre los temas que están de moda. Al ocuparse de problemas humanos, cuida mucho de no tocar los aspectos de dichos problemas que estén candentes en su propia tierra. Tratar temas escabrosos podría traerle muchos inconvenientes. Conozco una gran obra de sociología escrita por un profesor sudamericano, en que no se tratan para nada los tremendos problemas sociológicos de la patria del autor. Es que a éste le interesaba tan sólo la opinión crítica extranjera y nada el bienestar nacional.

Los tales carecen de hombridad. Son todos ellos hombrecillos, traidores a la bondad, a la belleza, a la verdad o a la patria. Es también traidor y maldito todo sistema educacional que tienda a producir tipos que vivan desdeñosamente apartados de la eterna realidad humana y de la realidad actual de la patria.

3

El tercer arquetipo de hombre que carece de hombridad es el ególatra. Este hace del Yo y sus intereses el móvil de toda actividad. Pretende crearse un cosmos que gire sobre el eje de sí mismo. Don Juan era egoísta, pero no ególatra, ya que sus acciones no estaban inspiradas en la idea objetiva del Yo sino en una simple pasión carnal. Lo propio podría decirse del "snob". Este actúa indudablemente por egoísmo, pero mientras lo que le mueve es el buen tono o la buena opinión de alguna *élite,* lo que mueve al ególatra es el afán desmedido de colocarse a sí mismo en el centro de todo cuadro, haciendo que todo le sirva de medio para la realización de sus fines, sin que él sirva de medio para ningún interés ajeno.

Seguir en todo instante la voluntad y el interés propios, sin consultar para nada los ajenos, no es sino una forma aristocrática de la locura. El perfecto voluntarioso, con todos sus aires de caballero independiente. está poseído del demonio más trágico de todos, el demonio del Yo. Nadie puede hacer obra perdurable que tenga por único móvil una ambición egoísta. Tarde o temprano el endemoniado del "Yo" caerá de bruces en uno de sus vuelos temerarios, por encontrarse en las alturas con el ventarrón de alguna ley universal. "Las estrellas desde sus órbitas pelearon contra Sísera", dice el antiguo "Libro de los Jueces". Y Víctor Hugo pregunta en "Los Miserables": "¿Quién ganó la batalla de Waterloo?"... Y contesta: "¡Fué Dios!".

Quizás el más perfecto ególatra que nos ofrece la literatura es el Peer Gynt de Ibsen. Adoptando éste de joven la enseña de "Ser yo mismo", se lanza al mundo en busca de fortuna. Tras una serie de peripecias por países extranjeros, en el curso de los cuales ha hecho y perdido varias veces ingentes fortunas, vuelve, siendo hombre ya de barbas blancas, a su tierra natal. Camino

de su aldea, entra en una vieja huerta conocida. Alza en la mano una cebolla y empieza a sacarle las telas. A cada tela que sale le da el nombre de algún papel que ha desempeñado en la vida... El de náufrago arrojado por el mar sobre playa americana, el de cazador de focas en la bahía de Hudson, el de buscador de oro en California... hasta llegar por fin a lo que debía ser el corazón de la cebolla. Pero... ¡nada! La cebolla es pura tela. "Como cebolla", dice, "ha sido mi vida, toda tela, apariencia... Sobre mi lápida escúlpanse en letras de molde estas palabras: «Aquí yace nadie»."

Peer Gynt era Don Nadie, por no haber consultado nunca en toda su larga vida sino su Yo y sus intereses. No se había puesto a sí mismo al servicio de nada que beneficiara a los demás. En ningún corazón agradecido sobreviviría su nombre inmarcesible. El ególatra ha de resultar a la larga, o un loco o nadie, pero un hombre, jamás.

4

¿Quién es entonces el verdadero arquetipo humano? El que merece llamarse todo un hombre, posee tres cualidades básicas.

Es un ser libre que tiene sed de lo real. Su libertad se destaca cuando se le compara con los tipos anteriores. Don Juan es esclavo de una pasión baja; el "snob" es esclavo de prejuicios aristocráticos; el ególatra es esclavo del archidemonio Yo. El hombre verdadero, habiendo afirmado su libertad frente a sus pasiones, sus prejuicios y sus ambiciones mezquinas, abre de par en par las puertas y ventanas de su alma a los soplos y voces que le vienen del mundo real. Tiene sed de realidad.

El ser humano vive en dos mundos, un mundo de efímeras apariencias y un mundo de eternos valores. El hombre verdadero, salido, como los presos platónicos, de la caverna de las apariencias, lo contempla ya todo

bajo la luz de la Realidad. Se atreve a mirar de frente al Sol.

Parte del mensaje de Keyserling al mundo contemporáneo es su insistencia sobre la necesidad de adoptar una actitud pasiva frente a las cosas que queremos investigar o que merecen investigarse. Dejemos primero que ellas nos hablen. Libres de prevenciones y prejuicios, dejémonos empapar en la atmósfera de ellas. Luego, lo que no nos satisfaga, después de haberlo conocido, rechacémoslo. Pero no sea la actitud crítica la primera, sino la última. Entonces podremos criticar con pleno conocimiento de causa.

De este modo no nos expondremos al cargo de que los que más critican son, por lo general, los que menos saben. El hombre verdadero, sediento de lo real, procede, en su búsqueda espiritual, en igual forma que los hombres de ciencia. Los descubrimientos científicos se hacen a base de la aplicación reverente y concienzuda de hipótesis a la realidad objetiva. Los descubrimientos espirituales sólo se harán por un proceso de verificación honrada de la teoría o actitud que se someta a investigación.

Otro rasgo del hombre verdadero es el apasionarse por algo superior. Hay grandes regiones del mundo real que no podrán ser descubiertas por los teóricos, preciosas experiencias que éstos no podrán nunca compartir. La única actitud creadora frente a la vida es la de aquel que se vincula a una idea o causa superior que le absorbe todas las energías del cerebro, corazón y brazos. Que sea un obrero en alguna forma. Que ponga su talento al servicio de algo de indiscutible importancia. Que encuentre, es decir, su vocación en la vida. Y en cuanto a dificultades intelectuales, ellas se solucionan muy a menudo no bien uno se pone a trabajar para cumplir un deber o encarnar en vida un ideal. Hay problemas que resultan insolubles en la soledad de la biblioteca y que podrían solucionarse fácilmente en la soledad del ca-

mino. "La acción", decía Amiel, "es la quintaesencia de la vida, como la combustión es la quintaesencia del fuego". ¡Con qué frecuencia la causa hace al hombre, así intelectual como moralmente! ¿Quién no ha sabido de hombres mediocres que se agigantaron, llegando a grabar hechos inmortales en las páginas de la historia, por haberse jugado la vida en una causa superior?

La pasión y no la apatía es el estado normal del hombre. Sólo son creadores los grandes apasionados. Sólo ellos son capaces de grandes conquistas, comenzando por la conquista preliminar de un carácter personal aquilatado. "Ningún corazón es puro", alguien ha dicho, "que no sea apasionado; ninguna virtud es segura que no sea entusiasta". Hay que vivir en un vértigo, grita Unamuno. ¡Que lean y se inspiren en esa pieza de prosa candente de cruzado, con que éste prologa su "Vida de Don Quijote y Sancho", quienes hayan visto la Estrella y estén dispuestos a seguirla!

Y si uno es todo un hombre, además resultará consecuente en sus pensamientos y acciones. Compenetrado de la realidad, será un hombre de verdad, o de la Verdad, como dijera el Galileo a Pilatos. Su vida será de una sola pieza y no llevará máscara de ninguna especie. Lo que piensa su alma blanca, eso mismo lo dirá y lo cumplirá. Antes de claudicar preferirá morir. Pensando en hombres de esta fibra, dice Román Rolland: "Id a la muerte los que debéis morir. Id a sufrir los que debéis sufrir. No se vive para ser feliz sino para cumplir con una ley. Sufre y muere, pero procura lo que debes ser: un Hombre".

II

EL SENTIDO DE LA VOCACION

Al volver Don Quijote a casa después de la triste aventura que puso fin a su primera salida, dirige una frase al labrador Pedro Alonso, que lo acompaña, la cual resulta de más hondo significado que todo el largo y clásico discurso a los Cabreros: "Yo sé quién soy", dice el hidalgo de la Mancha a su incrédulo vecino, "y sé qué puedo ser", y esto se lo dijo, estando todo molido y maltrecho.

"Yo sé quién soy". Estas palabras podrían tomarse, por cierto, como simbólicas de la llamada soberbia española, que Quijote encarna. Pero tienen además un sentido mucho más universal y humano. Son palabras de un hombre que se halla firmemente convencido del papel que le toca desempeñar en la vida, es decir, de uno, que posee en grado superlativo el sentido de la vocación. Quijote sabía quién era. Sabía que había nacido para ser brazo de Dios en la tierra, a fin de enderezar todos los entuertos de ella. Consecuente con el sentido que tenía de su misión, no perdió oportunidad de embestir molinos de viento y de dar libertad a galeotes encadenados, nada desmayado en su fe y arrojo por el hecho de que aquéllos lo dejaran molido y que éstos, al cobrar su libertad, dieran de pedradas a su libertador. Lo que buscaba no era el éxito ni la gratitud, sino la satisfacción de haber respondido a un llamado íntimo, que le impusiera el deber y no la felicidad como ideal de su vida.

El sentido vocacional del inmortal Manchego era a la vez su locura y su gloria. A causa de él "vivió loco";

librado de él, en el crepúsculo de la vida, "murió cuerdo". Pero no es como Alonso Quijano el Bueno, sino como Don Quijote el Loco. que será eterna inspiración y enseña de los llamados a desempeñar un papel en el mundo.

1

Sin duda alguna, el sentido de la vocación es uno de los sentidos superiores del hombre. Es el sentido que lo lleva a acometer con desinterés y denuedo las más grandes empresas. En los momentos obscuros le proporciona luz, en los trances difíciles le infunde nuevos bríos. Hace a un hombre superior a todas las burlas y calumnias, y si, al fin de la jornada, aquél no viere llenadas sus esperanzas, le ofrecerá el consuelo de que otros que han visto la Estrella de su destino en el cielo de su ejemplo luminoso llevarán a cabo la obra. De suerte que cabrá asegurar que el día en que un hombre pueda decir de veras: "yo sé quién soy", conociéndose a sí mismo a la luz de una visión nueva de algo que debía hacer en la vida, en ese mismo día empezará a vivir de veras. De allí en adelante vivirá en su obra y su obra en él. Dejará al instante de ser un "nadie" para llegar a ser alguien. Será ya "hidalgo", hijo de algo, vale decir, de sus obras, o más bien del nuevo y santo sentido que lo impulsa a emprender obras.

Mucha falta nos hace este sentido superior de la vocación. Su adquisición y cultivo vendría a solucionar seguramente una porción de problemas graves de nuestra sociedad. Unamuno ha expresado unos conceptos al respecto en su libro "Del Sentimiento Trágico de la Vida" que merecen pensarse con atención. "Este de la propia vocación", dice, "es acaso el más grave y más hondo problema social, el que está en la base de todos ellos. La llamada por antonomasia cuestión social es acaso, más que un problema de reparto de riquezas, de productos del trabajo, un problema de reparto de vocaciones, de

modos de producir. Que encuentre cada cual entonces su verdadero oficio. Que sienta el valor religioso de su vocación civil. Que trabaje en ella con tanto amor y empeño que se haga insustituíble para quienes sirve". "Mirándonos cada uno como servidores de los demás, como quienes debemos poner todo nuestro entusiasmo en hacer algo que sea de utilidad pública, lo religioso sería, en tal caso", concluye diciendo Unamuno, "tratar de hacer que sea nuestra vocación el puesto en que nos encontramos y, en último caso, cambiarlo por otro".

Esto sería lo ideal, pero en la sociedad actual, ¿qué encontramos? Por un lado, gran cantidad de personas que carecen de oficio o vocación, y, por otro, una cantidad mucho mayor que no sienten como vocación el papel que desempeñan. Entre las primeras hay millones, indudablemente, que quisieran trabajar en algún oficio, pero no pueden. He aquí, en el trágico problema de la desocupación, parte de la herencia momentánea que ha legado la Gran Guerra al mundo contemporáneo. Es ésta, empero, una situación ocasional, producida por circunstancias anormales y destinada a desaparecer poco a poco.

Mucho más grave que el problema de los que no tienen vocación por no hallar empleo, es el de aquellos que, pudiendo tener trabajo, no quieren trabajar. Son pudientes, y prefieren la holgazanería parasitaria al trabajo productivo.

¿Qué hacer con los parásitos, con los hombres que viven de dineros heredados, sin aportar ningún contingente útil a la sociedad que los protege? Puede haber discrepancia de ideas en cuanto a las medidas que convendría adoptar frente a tales personas, pero ninguna en cuanto a la eterna idealidad de los refranes que rezan: "El que no trabaja no come" (suponiéndose siempre que esté en condiciones de hacerlo), y "Todos darán según su capacidad y tomará cada uno según su necesidad". Pero sólo un sentido acendrado de la vocación en todos los

ciudadanos de un país podría traer un estado social en que este ideal fuera realizable.

2

Hemos dicho que hay mucha gente, por otra parte, que no siente como vocación el papel que desempeña. Hace algunos años se me brindó la oportunidad de realizar una visita a la Penitenciaría de Buenos Aires, en tiempos en que regenteaba ese establecimiento el ilustre penalista Dr. Eusebio Gómez. Al cabo de la visita, solicité al Director se sirviera contestarme algunas preguntas sobre las modalidades de los penados. Entre los informes que me proporcionara con ese motivo, escuché una frase que desde entonces ha quedado grabada en mi memoria. Díjome el Dr. Gómez, que muy a menudo, cuando un penado le hacía confidencias en su despacho, decía: "Señor Director: Yo sé ser preso". Sabía, es decir, acomodarse perfectamente al reglamento carcelario, observando la conducta que más probabilidades tendría de hacerle caer en gracia con la superioridad. No sentía desde luego ninguna vocación para continuar siendo presidiario. Lo que sentía era el anhelo de ser hombre libre; pero, para poder recobrar más pronto su libertad, tenía que saber ser preso.

"Yo sé ser preso". ¡Cuántas personas aprenden y desempeñan papeles que no les agradan, para los cuales no sienten ninguna vocación! Muchas de ellas son gentes pobres, a quienes la sociedad ha negado la oportunidad de desarrollar las capacidades superiores que poseen, condenándoles a trabajar en los mismos oficios que sus padres y abuelos. Esto es una injusticia magna. Toda sociedad está moralmente obligada a proporcionar a los hijos de todos sus ciudadanos, mediante facilidades culturales adecuadas, la oportunidad para que éstos descubran sus aptitudes y elijan libremente su vocación en la vida.

Pero hay otro problema mucho más serio que el de la despreocupación del Estado por descubrir valores superiores en las filas del proletariado. Es que muchos hombres y mujeres que han gozado de todas las ventajas que la sociedad pudo proporcionarles y que ocupan posiciones de gran importancia, carecen de todo sentido vocacional en los cargos que desempeñan. Son médicos, abogados, legisladores, funcionarios públicos, sacerdotes, profesores, estudiantes y quién sabe cuántos profesionales más, de quienes no se puede decir sino esto: que saben serlo. Cada cual tiene puesto, mas ninguno vocación. Igual que los presos a que me he referido, éstos saben ser lo que no se sienten ser, y saben serlo por el sueldo o la posición o la influencia que el desempeño de su cargo les da. Piensan tan sólo en las ventajas que han de recibir y no en el bien que puedan hacer. ¡Desdichados! No saben quiénes son, sólo saben ser lo que no son ni quieren ser.

3

¡Qué tragedia cuando una porción grande de los hombres de un país busca puestos en lugar de vocaciones! Pongamos el caso del magisterio. ¡Cuán pocos son los verdaderos maestros, los hombres que por amor a la enseñanza no sueñan sino con ser verdaderos conductores de almas, esforzándose en todo momento por ser dechados de hombres virtuosos y de investigadores concienzudos!

No escapará a ninguno que esté compenetrado del significado de las luchas universitarias de la última década, que la causa básica y originaria del movimiento estudiantil reformista de la América Latina fué el sentimiento de trágica orfandad que embargó a los alumnos al verse sin maestros. "¡Queremos maestros, queremos maestros!". He aquí la nota medular del documento histórico que lanzaran los universitarios cordobeses "a los hombres libres de América". ¿Cuándo se cumplirá

el ensueño de aquellos y de otros jóvenes estudiantes, de un hogar cultural en que "sólo podrán ser maestros los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien". Será cuando todo aquel que se diga maestro, sea de la enseñanza superior, secundaria o primaria, posea un sentido análogo de la vocación magisterial al que traduce Gabriela Mistral en aquella pieza de prosa conmovedora "La Oración de la Maestra". Dice la humilde maestra de provincia, dirigiéndose al Maestro Supremo: "Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes. Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren, no me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé. Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Dame alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarle en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más. Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él".

¿Quién puede medir la influencia de un maestro inspirado por tal sentido de su vocación? Entre los verdaderos maestros del mundo moderno, ocupa lugar destacado don Francisco Giner de los Ríos. Era el maestro perfecto. Todo lo que era se sabrá más tarde, cuando sus discípulos, unidos a los de don Miguel de Unamuno, fundarán un día la España nueva. Al final de "El Licenciado Vidriera", Azorín nos pinta a don Francisco entre sus alumnos. He aquí el pasaje: "La imaginación se echa a volar y vemos una amplia casa aristocrática, y en ella una rica librería y unas anchas estancias, apartadas del bullicio, en que viven, en amable consorcio con las musas, un hombre docto y bueno y unos muchachos

llenos de ilusiones y de esperanzas. Don Francisco va dirigiendo sus lecturas, enseñándoles las bellezas de los clásicos latinos y griegos, leyendo con ellos los grandes poetas de España, educándoles, en fin, no con el ceño adusto de un preceptor, sino con la dulzura y suavidad de un amigo sincero y apasionado... y luego pasean, realizan largas excursiones, se empapan del paisaje y de los olores del campo".

Hay algo, sin embargo, que Azorín no dice, algo que me contó una vez uno de los mismos discípulos de don Francisco. Parece que en esas reuniones y paseos de amigos, el Maestro, en íntima plática con uno y otro de sus discípulos, solía preguntarles a cada uno: "Y usted, ¿qué piensa hacer en la vida?". Quería infundirles el sentido vocacional. Quería que cada cual llegara a saber quién era, buscando y hallando su verdadera vocación.

La interrogación afectuosa de don Francisco suscitaba, sin duda, preguntas como estas en la mente de sus jóvenes amigos: ¿Qué debo hacer yo en la vida? ¿Cuál debe ser mi vocación? ¿Cómo puedo saber qué vocación me toca abrazar?

4

Ante el magno problema vocacional no hay como empaparse en las biografías de los grandes hombres. Ningún joven debe cruzar el umbral de la mayor edad sin haber leído una o todas esas colecciones clásicas de biografías que son "Las Vidas", de Plutarco; "Los Héroes", de Carlyle; "Las Vidas Ejemplares", de Romain Rolland, y de modo especial "La Vida de Jesús" en los Evangelios. En la lumbre de los hombres superiores es donde debe encenderse la llama del ideal y atisbarse los horizontes del destino.

La historia nos dice que muchos de los hombres cumbres se sentían llamados como por una voz sobrenatural a emprender las obras revolucionarias que los han hecho inmortales. Fué ese el caso de Moisés, de Jesús, de San

Pablo y de no pocas figuras de la historia religiosa del mundo. Casos ha habido también en que grandes militares, exploradores y revolucionarios han poseído un sentido místico de la importancia histórica del papel que desempeñaban y de su propia importancia como hombres del destino. Colón, por ejemplo, miraba el descubrimiento del Nuevo Mundo como el cumplimiento de una profecía de Isaías y se miraba a sí mismo como el órgano de la Providencia para cumplirlo. Su sentido místico le daba la intuición de un continente por descubrir y una voluntad inquebrantable para buscarlo.

Pero, por lo general, uno da con su vocación por una de estas dos vías: el descubrimiento de una capacidad especial, o la visión de una necesidad urgente.

La educación nueva está encaminada a descubrir por diversos métodos la capacidad latente de los educandos. así como su tendencia innata. Tan luego como se descubren se procura cultivarlas por todos los medios. alentando a los alumnos a buscar su vocación por la vía de sus propias aptitudes. Parece que fué la lectura de las hazañas de Aquiles en la "Ilíada" de Homero la que condujo a Alejandro el Grande, cuando joven, a descubrir su propia alma y su destino. El habría de ser el Aquiles de su época.

Romain Rolland nos describe cómo Juan Cristóbal descubrió su vocación. Este no era sino un niño cuando su abuelo creyó hallar en su nieto el talento incipiente de compositor musical. y así se lo manifestó. Juan Cristóbal tomó en serio la opinión entusiasta de su abuelo y ya. mientras ejecutaba los interminables y aburridos ejercicios musicales que le imponía su padre, "oía en su interior una voz orgullosa que le repetía: soy un compositor. un gran compositor. Puesto que era compositor. a partir de aquel día se dedicó a componer".

Otros, y yo diría la mayoría de los grandes benefactores de la humanidad, han encontrado su vocación hallándose, en momento determinado de su vida. frente a

frente a una situación seria que reclamaba imperiosamente remedio. Así encontró su vocación Oliverio Cromwell, padre de las libertades inglesas; así encontraron la suya, José de San Martín y Simón Bolívar, padres de la emancipación sudamericana. Compenetrado de las angustias de su patria, Benito Juárez halló su vocación de forjador del Nuevo Méjico. Mahatma Gandhi era un abogado cualquiera cuando, con motivo de un atentado contra los derechos de los hindúes en el Africa del Sur, hizo cancelar su pasaje de regreso a la India la víspera del día en que debía partir, a fin de defender la causa de sus compatriotas. Una necesidad momentánea le encaminó hacia la vocación de toda su vida. Todas las grandes instituciones humanitarias fueron fundadas por hombres y mujeres que —como Florencia Nightingale, fundadora de la Cruz Roja— hallaron su vocación en la tarea de afrontar necesidades apremiantes. "Alguien tiene que hacerlo", se dijeron. "¿Por qué no he de ser yo?".

¿Por qué no? He aquí la interrogación creadora, la de aquellos que en el seno de lo actual han tenido un vislumbre de lo ideal, de algo que no existe aún, pero que debería existir. Inspirados cada cual en un ensueño particular, retan con un eterno ¿por qué no? todas las dificultades que impidan su realización. La tensión superior que se engendra en las entrañas de todo aquel que quisiera encarnar en obras una visión de bien, le conducirá ineludiblemente a encontrar su papel en la vida, infundiéndole el sentido creador de la vocación.

III

EL SENTIDO DE LA VERDAD

"¿Qué es la verdad?", dijo Pilatos a Jesús de Nazaret, sin darse tiempo para recibir una respuesta. Se ha hecho la misma pregunta a lo largo de todos los siglos desde entonces, como antes de ese día se había hecho por las escuelas filosóficas de Grecia. Ella entraña un problema de interés perenne. el cual ha dado lugar a infinidad de soluciones.

Sin entrar en la historia de este problema. y sin someter a examen crítico las múltiples teorías que se han formulado para solucionarlo, vamos a encararlo directamente a nuestro modo y por cuenta propia.

La esfera de la verdad es una esfera de relaciones. Tiene que ver con la relación entre lo que es y lo que se dice ser, o lo que se hace aparecer, vale decir, entre la realidad y su expresión. Cuando existe correspondencia entre éstas se perfila en seguida la verdad. De modo que ella podría definirse como la correspondencia perfecta entre la realidad y su expresión. De la falta de correspondencia entre ambas resulta el error o la mentira. Si al tratarse de describir la realidad, se equivoca inconscientemente, surge el error. En cambio, si la descripción de la realidad resulta inexacta porque se ha querido que así fuera, asoma la mentira.

Ahora bien; como lo que hemos llamado la realidad consta de diversos aspectos, será necesario, para poder hacer un cuadro armonioso de la verdad, indicar lo que ésta significa con relación a cada uno de ellos.

1

La realidad se nos presenta, en primer término, como objeto de nuestro conocimiento, de suerte que se nos plantea en seguida un problema de orden intelectual: ¿cómo pensar lo real?, ¿en qué consiste la verdad conceptual?

En el terreno del conocimiento el hombre debe ser un "cazador de la verdad", como llamara Platón al verdadero filósofo. Debe esforzarse por conocer las cosas tal cual son. Libre de todo prejuicio e interés bastardo, nunca debe dar descanso al cerebro en la tentativa leal de procurar que haya correspondencia entre los objetos o hechos que reclaman su estudio y las ideas que se forme de ellos.

La pasión por buscar la verdad en este sentido ha sido rasgo de multitud de espíritus superiores. Unos llegaron a raíz de su búsqueda a una idea rectora que les alumbrara la realidad entera, trayendo la paz al inquieto corazón. Tales fueron, por ejemplo, el Budha y Espinoza. Otros hallaron tanta satisfacción vital en la búsqueda misma, que se encariñaron con ella. Para éstos la lucha valía más que la victoria. No era la meta sino la carrera lo que les hacía felices. No buscaban el reposo sino la agitación. Dirían con Malebranche, que "si tuviera la verdad cautiva en la mano, abriría la mano y la dejaría volar, para poder perseguirla y capturarla otra vez". Pero unos y otros tenían por igual el sentido de la verdad. La sed de ella era el único resorte de su vida y a ella juraron eterna lealtad. No acariciarían a sabiendas el error, ni jamás proclamarían ni vivirían la mentira. Eran intelectualmente honrados.

La honradez intelectual es uno de los rasgos más apreciables y, por desgracia, uno de los más difíciles de encontrar. Se caracteriza por el hábito de mantener siempre abiertas las puertas y ventanas de la mente a las

luces y brisas de la realidad, así como por la resolución inquebrantable de sacar las consecuencias lógicas de cada nuevo vislumbre de la verdad, sin esquivar nunca las consecuencias inevitables de la lealtad a ella. Pero son relativamente pocos los intelectuales honrados. Refiere un eminente escritor español, que un médico, amigo suyo, fué llamado una vez a cierto plantel de enseñanza para asistir a uno de los internos, que se hallaba enfermo. En una galería reservada vió un cuadro al vivo que representaba a San Miguel Arcángel en lucha con el demonio Satanás. El Arcángel tenía a sus pies al ángel rebelde, quien tenía en la mano... ¡un microscopio! El microscopio era para las autoridades de ese colegio el símbolo del superanálisis. La investigación demasiado minuciosa la tachaban de labor satánica y quienes se interesaban por ella les resultaban unos demonios.

¡Cuánto ha sufrido el progreso humano por causa de aquellos que, por sus prejuicios o intereses creados o por falta de valor moral, se han resistido a acomodar sus ideas a la realidad! La honradez intelectual de un hombre de ciencia se pone a prueba en cuanto tropieza con un dato o datos que no cuadren dentro de sus hipótesis. Si posee de veras el sentido de la verdad, se dispondrá a revisar las leyes o fórmulas afectadas. Si no, tratará de orillar el nuevo problema planteado o de asesinar los datos inconvenientes que lo han originado. — Cuéntase de cierto biólogo, discípulo de Luis Agassiz, que al dar una vez con un molusco que parecía ser especie transicional entre los muchos moluscos que estudiaba, después de haberlo examinado largo rato, lo arrojó colérico al suelo, pulverizándolo al instante con el taco del zapato. Al destrozar así el dato inconveniente, el dato que ponía en apuros su teoría biológica, el seudo científico exclamó: "Ese es el modo de tratar a una maldita especie transicional".

En cambio, los verdaderos hombres de ciencia, inspirados por el sentido de la verdad científica, han tenido

siempre interés especial en todos los datos que se mostraran reacios a ser encasillados en las teorías corrientes. Muy a menudo el estudio honrado de los datos residuales ha conducido a nuevos descubrimientos. Miremos siempre de frente a todos los datos fidedignos que se nos presenten, sin esquivar ninguno. Reconcentremos la mente sobre ellos en meditación prolongada y silenciosa. Luego, en el momento menos esperado, y cuando la mente esté ya en condición receptiva, se nos vendrá, cual destello de luz, la nueva verdad apetecida. Así, nos dice Henri Poincaré, le "vinieron" sus descubrimientos matemáticos. Porque, si bien tenemos unas facultades de carácter adquisitivo que salen en busca de la verdad, tenemos otras de carácter receptivo, que la reconocen y le dan la bienvenida en cuanto llega.

2

Un segundo aspecto de la realidad reclama nuestro acatamiento. De la misma manera que la correspondencia entre la idea por un lado y ciertos datos por otro, origina la verdad conceptual, la correspondencia entre la conducta y ciertos valores eternos origina la verdad ética. Un hombre moral es uno en que estos valores o normas se han hecho carne. El se compenetrará de ellos de tal manera, que sus actos resultarán la expresión transparente de un ser identificado del todo con el bien. Hará el bien por el bien, y no por alguna imposición externa ni conveniencia particular.

La verdad conceptual y la verdad ética están íntimamente ligadas. En último análisis, la ciencia reposa sobre la virtud. De no haber en el investigador científico la sinceridad absoluta, sus investigaciones tendrán poco valor. Hay, además, problemas intelectuales de tal trascendencia, que no tienen solución aparte de una actitud determinada frente a la vida. Se pretende, por ejemplo, definir la última realidad. Se quiere indagar el "¿por qué?" del Universo y conocer el principio matriz que

rige sus destinos. Para tal caso, como alguien ha dicho: "La ética es la mejor fuente de la clarividencia espiritual". Ella nos ofrece una clave para interpretar el pavoroso misterio. La realidad es una, y la vida humana es parte integrante de ella. De suerte que las intuiciones de la conciencia moral tienen valor inmenso. Muy a menudo la lealtad a ellas ha salvado a un hombre en el momento de hallarse al garete, a merced de los ventarrones del escepticismo. "En la hora más negra por la que pueda pasar un alma humana, aunque todo lo demás estuviere en duda, esto al menos, es cierto: si no hay Dios ni vida futura, aun en tal caso, es mejor ser generoso que egoísta, mejor casto que licencioso, mejor leal que falso, mejor valiente que cobarde". El que dijo estas palabras se salvó por el sentido que tenía de la verdad ética, aferrándose en su desesperación intelectual a los inconmovibles basamentos de la moral. Y no es otra cosa la que recomienda Unamuno en su obra maestra "Del Sentimiento Trágico de la Vida". Dice el primer moralista de Europa: "Obrar de modo que sea nuestra aniquilación una injusticia, que nuestros hermanos, hijos, y los hijos de nuestros hermanos y sus hijos, reconozcan que no debimos haber muerto".

Hay, sin embargo, quien sólo aparenta tener este precioso sentido de la verdad ética. Los enemigos más acérrimos de la virtud, los elementos más peligrosos de la sociedad, son los hipócritas. De acuerdo con la etimología de la palabra el hipócrita es un "actor", uno que juega un papel que no es suyo, uno que aparenta ser lo que no es. Es un enmascarado, que lleva el disfraz que más convenga a sus mezquinos intereses. El disfraz más temible es el de un rostro de ángel que cubre el corazón de un diablo. Es éste el más apropiado para el traidor. La novelista inglesa George Eliot ha pintado con maestría jamás superada el retrato del perfecto traidor. Es uno, dice, que tiene "una cara en que el vicio no deja huellas, labios que mientan con dulce sonrisa, ojos de

tal brillantez y profundidad que no se empañen por ninguna infamia, mejillas que se levanten de un asesinato sin palidecer". Pero en las entrañas de Tito el traidor, la hipocresía había gestado un hijo, el Miedo. Andando el tiempo, este hijo espantoso llegó a convertirse en compañero inseparable y único de su padre.

Y así sucede siempre. El hipócrita no puede ser feliz. Para poder serlo tendrá que despojarse de la máscara. Para poder sentirse hombre. hombre que sienta respeto por sí mismo, hombre a quien la mirada más escudriñadora no amedrente, no le queda sino un solo recurso: quitarse la máscara y confesar con franqueza por qué se la puso. La confesión sincera, que no es sino la reafirmación valerosa del embotado sentido de la verdad. deshace la alianza con la mentira. devolviendo a la personalidad entera su equilibrio y sencillez.

3

Un tercer aspecto de la realidad nos produce emociones. De la correspondencia entre la emoción producida y su expresión en un poema, un cántico, una sinfonía. un cuadro o una escultura, surge la verdad estética. Cuando se pretende dar forma artística a lo que no se siente honradamente, resulta la farsa. Mucha poesía, por ejemplo, es pura farsa, porque la escribe la cabeza pero no el corazón. Muchos poetastros harían bien en recordar el consejo de Carlyle de que no se dijera en verso nada que pudiera decirse en prosa. Farsa son también la generalidad de las piezas oratorias que se pronuncian con motivo de la conmemoración de próceres y de efemérides históricas. No hay lenguaje más falso y retumbante, más desmesurado y chillón, que el empleado en los panegíricos con que se celebran tales ocasiones. El culto de los superlativos e hipérboles acaba por incapacitar al devoto para experimentar una emo-

ción elevada o para expresarla en forma natural y apropiada, aun cuando la llegara a experimentar.

"Para hacer canciones es necesario ser como ellas", dijo Gotifredo el buhonero a su pequeño sobrino, Juan Cristóbal, la noche que pasaron juntos a orilla de un río, empapándose en la música de la Naturaleza. Esta lección sobre estética musical no la olvidó nunca el futuro compositor, quien luego hiciera de toda su vida de artista una sinfonía de perfecta correspondencia entre su estado emocional y la expresión musical que le daba.

Pero, tratándose de la verdad estética hay que reconocer otra correspondencia también: la que debe existir entre la emoción sentida por el artista y lo que la ocasionara. El verdadero artista siente el significado universal de lo que contempla, escucha o medita, de suerte que la expresión que da luego a su emoción no será nunca una simple reproducción realista de la causa de ella, sino una interpretación de su significado. Hartos estamos de realistas que creen que la verdad estética consiste en emplear el arte como máquina fotográfica para retratar los aspectos más asquerosos de la vida humana. Hay realistas cuyas obras no son más que cloacas descubiertas, que apestan tanto la atmósfera moral de sus lectores que se produce en éstos una especie de asfixia que los hace incapaces de ver y sentir la vida en su debida perspectiva. El prurito de realismo de que padecen tantos llamados artistas y otros no es sino un estado mórbido y amoral.

Lo que falta actualmente en estas tierras de América son artistas que nos descubran lo universal en lo particular y lo eterno en lo efímero y que, compenetrándose de la realidad que los rodea, nos la hagan ver y sentir en su verdadero significado humano. ¡Dejándose de imitaciones artificiosas, abísmense en las entrañas del terruño para cantar y pintarnos luego los dolores y las esperanzas de la Pampa, la Selva y la Cordillera! Porque el arte es para la vida y no la vida para el arte.

4

La última correspondencia a que nos hemos de referir es acaso la más importante de todas. Es, en efecto, la correspondencia entre la corriente central de nuestra vida y la corriente central del proceso cósmico. Que tal corriente o tendencia exista, es un postulado de la misma idea del progreso. Que ella esté impulsada por fuerzas de bien y encaminada hacia el perfeccionamiento de la personalidad humana, es un postulado de nuestra conciencia moral. No hay principio filosófico más valedero que este, que "el todo ha de ser bueno". No vivimos en una fantasmagoría, a pesar del alto relieve en que se destacan a menudo el caos y misterio de las cosas mundanas. Ni puede creerse por un momento, a riesgo de derrumbar los cimientos mismos de la razón, que el Universo no sea esencialmente bueno y que no se persiga a través de la historia milenaria una alta finalidad de bien. Si así fuera, la correspondencia más básica que le incumbe lograr a todo hombre es la de ajustar su vida a la verdadera tendencia de las cosas. Debe valerse de todos los medios para relacionarse con ella. Dejando que su vida fluya en el mismo cauce que ella, el hombre llegará a ser un centro creador de progreso. Esta correspondencia transcendental podrá llamarse la verdad religiosa.

Pero surge en seguida la pregunta: ¿Cómo interpretar esta corriente cósmica del bien? ¿Cuál es su quintaesencia? De acuerdo con el antiguo principio filosófico de que hay que interpretar la realidad de una cosa en términos de su fruto y no en términos de su raíz, es menester interpretar la realidad suprema como una voluntad de bien, el arquetipo de la realidad más alta que conocemos. La corriente central de las cosas es, por tanto, la expresión de una Voluntad Soberana de bien, que impulsa el mundo por el camino del progreso y propende

al perfeccionamiento de la vida humana. Pero todo progreso, así como todo perfeccionamiento, depende del abandono espontáneo y pleno, por parte del hombre, de su voluntad egoísta, para identificarse, como leal colaborador, con la voluntad de Dios.

De suerte que la verdad religiosa es la correspondencia originada por la sublime aventura de entregar la voluntad particular a la Voluntad Universal. Sólo a raíz de esta entrega podrá la verdad más alta conocerse; sólo así podrá el alma humana hallar el reposo y la energía indispensables para una obra creadora de bien.

Camino de la verdad suprema, una voz rompe el silencio misterioso, una voz firme, pero tierna, de Caminante. Ella dice: "Te doy la mano; sígueme".

IV

EL SENTIDO DE LA AMISTAD

No hay palabra más sagrada que la de amigo; no hay relación humana más espiritual y sublime que la amistad. La relación entre amigos es más elevada que la entre hermanos, novios o esposos, ya que hay muchos hermanos, novios y esposos que no son amigos. Es harto frecuente que los hermanos sólo se toleren, que un interés mezquino vincule a los novios, que los esposos no tengan más en común que la casa que habitan. Pero cuando a la tolerancia fraternal, a la exaltación del noviazgo, a la vida rutinaria del matrimonio, se les infunde el sentido de la amistad, estas relaciones se sublimizan, alcanzando con ello su más perfecta expresión.

1

¿Cómo definir esta realidad superior? Ella consiste en la entrega recíproca de dos o más seres humanos, con la más amplia confianza y los motivos más puros. Encontrar un amigo, una persona que tenga los mismos intereses que nosotros, cuyo temperamento sea distinto pero complementario del nuestro, de cuyo afecto y lealtad no nos quepa la menor duda, es el hallazgo más precioso que nos pueda tocar en la vida. La amistad de tal persona constituye para todo aquel que tenga la felicidad de tenerla, un estímulo para el cumplimiento del deber cotidiano, un baluarte en las horas negras de tentación y duda, un consuelo en la desgracia y un blanco luminoso para el esfuerzo constante de superación.

Entre los muchos méritos que podrían señalarse en

aquella novela maravillosa que es el "Juan Cristóbal" de Romain Rolland, uno se destaca sobre todos: es la apoteosis de la amistad. Cristóbal, figura tan épica en su grandeza como Brand, pero infinitamente más humana y cercana a nosotros que el héroe ibseniano, llegó a ser lo que fué, en virtud de los amigos o amigas que tuvo a lo largo de la senda de su vida. Hasta la hora crepuscular ellos siguieron viviendo en él. El tomo titulado "La Mañana", que describe la mocedad de Juan Cristóbal, contiene un pasaje precioso en que se nos pinta en cálidos colores la emoción del niño solitario, al encontrar por primera vez un amigo de su edad. Después de un día pasado en paseos por el campo con su nuevo amigo, Otto Diener, Cristóbal volvió solo a su casa, ya de noche. Su corazón iba cantando: "¡Tengo un amigo! ¡Tengo un amigo! No veía, ni oía nada, caíase de sueño, y se quedó dormido apenas se acostó. Pero dos o tres veces le despertó durante la noche una idea fija. Repetía: ¡Tengo un amigo!, y se quedaba nuevamente dormido".

2

Siendo la experiencia de la amistad de un valor espiritual incalculable, causa hondo pesar y hasta ira santa el encontrar tantas parodias que llevan su sagrado nombre.

La primera parodia de la amistad es la que un escritor chileno ha denominado "amistad tabernaria". Se refería a los encuentros casuales o a las citas que se dan por grupos de conocidos, en las tabernas, clubs, cafés, cabarets u otros lugares de reunión pública. No existe más lazo entre los amigos "tabernarios" que el deseo común de matar el tiempo, de tomar unas copas, de contar chistes un tanto vidriosos, de maldecir al prójimo, de hacer la farra. Ellos no se conocen íntimamente; hasta tienen temor de descubrirse unos a otros.

Apenas se conocen a sí mismos. Todos llevan disfraces, para que los compañeros no vean sus facciones. "Todo el mundo es máscara y todo el año es carnaval", puso de título Mariano José de Larra a una famosa sátira suya. Esta frase encuadra bien al modo de ser e ideales de los amigos "tabernarios". Al llegar uno de ellos a estar en un trance difícil, no va donde sus compadres carnavalescos para pedirles auxilio o consejo, pues sabe bien que sería contraproducente hacerlo. Desde el día en que alguno no tenga nada con qué contribuir a la farra, los demás le harán el vacío. ¡Que vaya a bailar a otra parte!

A otra parodia de la amistad podría dársele el nombre de "amistad utilitaria". Es la de aquellos para quienes todo "amigo" es una conveniencia, un medio actual o potencial de fomentar sus intereses. Para ellos, la vida, aun lo más sagrado que tiene, se reduce a una especie de pesca, la pesca de favores, honores, puestos, ganancias. Y como el modo más rápido y seguro de poder alcanzar todos estos objetos es contar con el apoyo de "amigos de influencia", ellos se dedican a buscarse amistades, valiéndose para ello de todos los resortes a su alcance. "Uno tendrá que hallarse mal parado, para acudir a un amigo", decía un refrán griego. Los amigos utilitarios cumplen a perfección el espíritu de éste, ya que buscan amigos no por la necesidad espiritual de tenerlos, sino por el afán material de explotarlos. — En cuanto estos amigos, por alguna circunstancia, no pueden o no quieren servir más los intereses de quienes les han profesado tanta amistad, éstos los hostilizan o los borran de su memoria.

Va siendo la amistad utilitaria una amenaza de la moralidad pública. Se reparten los puestos, no en virtud de los méritos personales de los aspirantes a ellos, sino del número de "amigos" que éstos tengan. Ha menester que haya normas tan objetivas e impersonales para la provisión de empleos públicos, que sólo los consigan

quienes tengan verdadera capacidad y vocación para ellos. En todo caso no debe invocarse nunca el sagrado nombre de la amistad para la concesión de puestos o privilegios a quienes no los merezcan por sus propias virtudes.

3

La amistad, es decir, la amistad verdadera, supone el cumplimiento de ciertos postulados. El primero de ellos es que quien quiera conseguir amigos de alma, ha de empezar por despojarse de toda máscara.

La vida en las grandes urbes es algo así como un baile de enmascarados. Los mismos que se codean todos los días, rara vez se conocen. Es que todos llevan una máscara de alguna especie. Unos visten la máscara del ceñudo funcionario, otros la del hombre de negocios, que no se desocupa sino para decir lo ocupado que está, otros todavía la del galante hombre de mundo, especializado en convencionalismos y desdeñoso de toda preocupación superior, en tanto que una porción grande de personas ocultan su verdadero ser tras la máscara de una melancolía morbosa y hostil, producto de los desengaños y del aislamiento espiritual. Entre enmascarados no hay amistad posible. Si ellos sienten ansias de amigos, tendrán que quitarse la máscara e ir en busca de espíritus congéneres que han hecho lo propio.

Pero ¿dónde? y ¿cómo quitarse la máscara postiza? El lugar más propicio para hacerlo es en el seno de la Naturaleza. ¡Que los enmascarados salgan de la ciudad rumbo a las sierras, o la pampa, o la orilla del mar! ¡Que vayan donde no los alcancen ni las voces lisonjeras ni las maldicientes, donde los convencionalismos urbanos nada pinten, donde la desnudez de la Naturaleza invite a las almas a desnudarse, donde les ofrezcan su amistad sincera multitud de seres silvestres y donde apague la nueva sed de realidad la brisa henchida de aromas y la visión de lejanos horizontes matizados por la

faz cambiante del cielo. El contacto con la Naturaleza nos descubre a nosotros mismos y nos prepara para la amistad.

Quien haya asistido a uno de los campamentos que organiza en diversos parajes del Continente Sudamericano la Asociación Cristiana de Jóvenes, no lo olvidará jamás. Llega un tropel de enmascarados urbanos a la playa de Piriápolis, o a las sierras de la Ventana, o a Angol, en el Chile Austral, o a Chosica, a orillas del Rímac peruano. Al primero o segundo día de llegar se oye a uno decir: "Pues yo no me conozco aquí". Sus compañeros no le conocen tampoco. Junto con la indumentaria convencional de la ciudad, se ha desvestido también de muchas prendas mentales, los prejuicios, los aires de "snob", el espíritu criticón, la tendencia a reprimir sus emociones y otras más que le han incapacitado para el trato amistoso. La hermosura del paraje y el ambiente tan expansivo y fraternal del campamento se han apoderado de él. Se siente otra vez niño y ahora canta, grita y juega con toda la espontaneidad de la niñez. Dirá más tarde, en la noche llamada del "corazón abierto", cuando todos los acampantes, reunidos bajo las estrellas en torno de un gran fogón, cuentan, en vísperas de la despedida, sus impresiones de los días pasados juntos, dirá que, por primera vez en la vida, ha sabido lo que es la amistad. Pasados algunos años, volverá otra vez al mismo lugar sagrado y contará a un nuevo grupo de acampantes, reunidos en torno del fuego simbólico, cómo encontró en un campamento anterior a los mejores amigos de su vida.

Un segundo postulado de la amistad es el cultivo de intereses comunes. Queda sobreentendido que tales intereses sean de carácter puro y elevado. Pero dentro de esta categoría hay infinidad de intereses que tienden a crear una atmósfera propicia para la formación y el cultivo de amistades. Podrían mencionarse los juegos recreativos, las caminatas y excursiones campestres, un entusiasmo mutuo por las artes o las letras.

Mucho más eficaz, sin embargo, para crear una amistad a toda prueba, es la consagración por parte de dos o más personas a una causa común. Porque hay que reconocer que la amistad es como la felicidad: se la alcanza no cuando se piensa en ella como fin supremo, sino colaborando en algún objetivo totalmente ajeno al interés egoísta. No hay amistad comparable a la de aquellos que llevan una vida abnegada, dedicados por entero a la propagación de ideas que creen de valor transcendental para el bienestar humano, o la de aquellos otros cuyas vidas se funden en algún esfuerzo altruista destinado a mejorar la vida de sus semejantes. Si éstos llegaren acaso a sufrir por sus ideales, su amistad se purifica más aún. El vendaval sólo conseguirá que los verdaderos amigos echen raíces más hondas, entrelazándose sus raicillas en el suelo del amor eterno.

Cuando sientas, lector, hastío por el placer y asco por la deslealtad de amigos que no lo eran, cuando el alma llore su condición solitaria y tenga ansias de amor y amistad, búscate una causa noble con que vincularte. Hallándola y dedicándote a ella, encontrarás en la senda del servicio altruísta la tan ansiada amistad.

El tercer postulado es la lealtad absoluta por parte de los amigos. ¡Cuán a menudo se ha visto deshacerse una amistad de muchos años porque uno de los amigos ha prestado oído a algún chismógrafo mal intencionado! El chisme es el verdugo de la amistad ingenua. Ningún amigo debería creer chismes acerca de otro; lo que le corresponde como amigo es obtener la aclaración necesaria de la boca misma de aquel que ha merecido siempre su afecto y confianza. Siempre cara a cara, y con el corazón en la mano, cada vez que surja una dificultad. Así lo reclama la lealtad y así lo harán los amigos leales.

Y éstos harán otra cosa también. Si llegaren a observar en un amigo suyo algún rasgo o gesto poco honroso, se sentirán en el deber de llamarle la atención sobre ello. La amistad verdadera puede vivir tan sólo a base de la

verdad y el respeto mutuo en todas las relaciones de los amigos. Hay ocasiones en que uno tiene que estar dispuesto a sacrificar la misma amistad de otro en aras de la verdad. El amigo que no aguante la crítica amistosa, lo mismo que el que no se atreva a hacerla en caso necesario, son igualmente desleales al ideal de la amistad. Hay veces en que la prueba más grande de la amistad está en aceptar el riesgo de perderla en nombre de la amistad misma.

4

Si bien la amistad tiene postulados, impone asimismo responsabilidades. El que ha experimentado este goce indecible está obligado a tener un trato amistoso para con todos los demás. Una amistad superior se sublima cuando los amigos se esfuerzan por penetrar con el espíritu de ella todo ambiente en donde se mueva. La amistad no debe hacernos egoístas. Alguien ha dicho que "un amigo es el primero que entra después que todo el mundo ha abandonado la casa". Cruza el umbral y mira hacia adentro. Un ser sentado en medio de una soledad pavorosa mira de reojo al intruso. Pero éste, no con aire de protector, sino con la sonrisa cándida de amigo, la que desarma toda suspicacia y da confianza del corazón, estrecha la mano al solitario. He aquí alguien que viene no para sacarle nada, sino para ofrecerle todo: su amistad. Vuelve a brillar el sol, un sol primaveral, sobre el páramo helado de un corazón. Sobreviene el deshielo y tras él, el verdor de la esperanza que retoña... "¡Tengo un amigo! ¡Tengo un amigo!" Un mundo amistoso, el único en que la paz y la justicia tendrán hondas raíces, vendrá tan sólo como los amigos transmitan a los demás el espíritu de su amistad.

Y ¿cómo transmitirla? Ya se ha mencionado un modo de hacerlo. He aquí otro. El acto más amistoso que se puede hacer, el que acaso contribuye más que otro al advenimiento de la amistad universal, es ofrecer el ejem-

plo de una bondad que ni la misma ingratitud sea capaz de marchitar. ¡Hay tantas almas que buscan ansiosas la manifestación viva de un ideal que les abrase el corazón! ¿Cómo no los ha de impresionar un espíritu amistoso que en nombre de la amistad se sacrifique... por los mismos que le tienen enemistad? De la amistad sin fronteras el símbolo más alto es una Cruz, una Cruz que proclama que hay que tratar a los enemigos como si fuesen amigos, abonando la amistad con el sacrificio, para que el odio desaparezca de la tierra. Compenetrándose del eterno simbolismo de esa Cruz, lograráse el sentido más sublime de la amistad.

V

EL SENTIDO DEL UNIVERSO

Al preguntarse a Nietzsche por qué preconizaba aquel tipo formidable de superhombre que no hacía sino descargar energías, la única contestación que supo dar fué: "Porque Zaratustra me gusta". El famoso hijo y único compañero del pensador alemán no se había gestado en las entrañas de la razón sino en las del sentimiento.

Es lugar común del pensamiento que los factores principales que determinan nuestra actitud frente a la vida no parten de la razón ni de la lógica, sino de la región de la subconciencia o bien de un estado emotivo de la conciencia. Son en gran parte impulsos, gustos, prejuicios, intuiciones o ideales los que nos llevan a la acción y que nos hacen lo que somos. Son ellos los elementos creadores, que proporcionan así los móviles como la fuerza motriz de la conducta. La razón no es principio creador, sino regulador; ella tan sólo critica, explica y ordena la materia prima que le suministran las facultades creadoras, racionalizándola en un sistema que luego se dedica a justificar. "Una teoría filosófica, decía Lotze, "es la tentativa de justificar un concepto fundamental del mundo que ha sido adoptado en la juventud".

El Conde de Keyserling ha empleado el término "sentido" para designar el principio creador que, obrando en el fondo del ser, da una dirección determinada a toda la vida psíquica. "Lo que yo llamo sentido", dice en "El mundo que nace", está en el fondo de la vida, en todas sus circunstancias, como principio creador, aunque cada cosa pueda describirse mejor por medio de la psicología

colectiva, o de la morfología, o de la biología de las razas, o de la astrología, o en cualquier forma. "Para Keyserling el "sentido" es un impulso espiritual que es comunicado a la vida por la filosofía, interpretándose ésta, no como sistema abstracto de conocimiento sino como sabiduría concreta y creadora, "la capacidad para la magia, para influir y transformar directamente la vida, mediante el espíritu". He aquí un concepto luminoso, de que nos hemos servido ya en los estudios anteriores, pero cuyo alcance e importancia será más evidente en el presente sobre el "sentido del universo".

1

Cada cual siente el universo a su modo. Puede ser que no llegue a definir ni para los demás ni para sí mismo la impresión total que aquél le produzca. Sin embargo, el sentido que tenga del mundo tiene que determinar lo mismo su conducta que su pensamiento. De modo que todo lo que somos, todo lo que hacemos y todo lo que pensamos se reduce, en último análisis, a cómo sentimos el mundo que nos rodea y de que formamos parte.

Vamos a considerar algunas de las formas principales en que el universo es sentido.

Hay quienes lo sienten como máquina gigantesca, poseyendo, por consiguiente, el sentido mecánico de la existencia. Para ellos la vida y las cosas no son sino piezas en el engranaje de una máquina cósmica. El poder y la eficiencia de ésta les admiran, despertándoles el afán de imitarlos. Puede ser que no hayan adoptado conscientemente una teoría materialista; posiblemente muchos de ellos repudiarían enérgicamente tal imputación. Pero, si no conciben el universo como máquina, así por lo menos lo *sienten*, y el sentido de la máquina los lleva a la apoteosis práctica de los valores mecánicos.

El sentido mecánico del mundo es el sentido propio de la civilización actual. El "chofer", como dice Keyserling, es el individuo representativo de nuestra época.

Es el hombre simbólico del siglo XX, como lo fueron en épocas anteriores el sacerdote y el caballero. Todos los premios y aplausos son para el que logre imprimir velocidad a la existencia, que sepa organizar y dirigir grandes empresas, que garantice el orden y aumente la eficiencia.

En el mundo actual el "chofer" es prepotente. Se le encuentra en todas las esferas de la vida. Domina no tan sólo en el comercio y la industria, sino también en la política y la religión. En aquéllos exprime la última gota de sudor y sangre de millones de seres humanos, a quienes convierte en combustible para que marche la máquina. Ha introducido en el sagrado recinto de la religión, que debía reservarse para la renovación de las almas, todo el bullicio y la organización mecánica de una fábrica de automóviles.

Pero es en la esfera política donde se puede estudiar en la actualidad el significado y tendencias del "chofer" soberano. El fascismo y el bolcheviquismo son dos creaciones acabadas del sentido mecánico del mundo. Los "choferes" que rigen respectivamente los destinos de Italia y de Rusia, con todas las diferencias ideológicas que los separan, coinciden de modo absoluto en la forma en que conciben el ideal político. Preconizando unos y otros una máquina política perfecta, tratan de suprimir todo ideal espiritual, todo concepto científico o filosófico, toda expresión de la opinión pública que pueda constituir un peligro para el funcionamiento de aquélla. De suerte que ha surgido una nueva ética, la fascista, consignada en un decálogo para el joven "chofer" italiano, según la cual los principios eternos de la moral quedan supeditados a los intereses de una máquina gubernativa. Ha surgido de la misma manera una ciencia soviética en que se ha suprimido celosamente todo dato desfavorable a la burda ideología materialista que abona la política de los jefes bolcheviques. Podría decirse que éstos tienen el horror del microscopio, por poder éste reve-

larles datos inquietantes, en tanto que los fascistas tienen el horror del telescopio, que, colocando el régimen actual en su perspectiva histórica, pudiera anunciar el fracaso inevitable de todo sistema que desdeñe las leyes eternas de la libertad humana.

Dondequiera que impere el sentido mecánico del mundo, ya sea en los individuos o en los grupos sociales, el espíritu humano se muestra despiadado; se esclaviza al hombre, tratándosele como medio, no como fin. Se desprecian los valores que no contribuyan al éxito inmediato. Se sustituye el ideal de la confraternidad humana por el de la hegemonía de razas, países o clases sociales. Se confunde el perfeccionamiento espiritual con el progreso material. La necesidad suprema de la civilización contemporánea es la creación de hombres de igual energía y pasión que el "chofer", pero de un sentido del mundo más espiritual y constructivo.

2

Hay otros que poseen el sentimiento orfanatorio. Se sienten huérfanos en el universo. Sin dejar de reconocer que el mundo está lleno de bondad y ternura, todo les parece ilusorio. Todo está destinado a hacer olvidar al hombre que es huérfano.

El orfanatorio es de las instituciones humanas la que mejor encarna el sentimiento de ternura. Hay una época en la vida de los pequeños asilados en que éstos creen que la buena pareja que los cuida son sus padres. Suelen decirles "papá" y "mamá". Pero llega un momento en que les entra el desencanto. Carecen de padres: son huérfanos.

Como huérfanos desencantados viven muchísimas gentes. En los primeros años de la vida elevaban a un Padre Celestial su ingenua plegaria de niños. Pasaron los años. Fuera por reacción contra la tutela religiosa del hogar o del colegio, fuera por estudios que hicieran o una caída moral que sufrieran, ello es que llegaron a

sentirse huérfanos, o por lo menos a creerse serlo, frente a un mundo que para ellos estaba regido antes por un Padre.

¡Qué tragedia la de los huérfanos espirituales que hayan abandonado una fe que no les satisface en la forma en que se les presentaba en la primera época de su vida, o que rechacen toda creencia en un ser transcendente por el simple hecho de que la religión oficial en que se le rinde culto les repugna! Repudian la Divinidad como concepto anacrónico, la experiencia religiosa como ilusoria creación de una imaginación afiebrada. Una y otra vienen a ser algo así como el son de campanas de aquella ciudad legendaria de que nos habla Renán, que en días de calma oían sonar desde el abismo oceánico los pescadores de la comarca bretona.

Otros menos valientes, aun cuando estén convencidos en la subconciencia de que son huérfanos, temen decirlo aun a sí mismos en voz alta. Unamuno ha descrito en estos términos a uno de ellos: "Habiendo sido bautizado, no abjura públicamente del que se supone por ficción social ser su credo y no piensa en él, ni poco ni mucho, ni para profesarlo ni para desecharlo y cobrar otro o, por lo menos, buscarlo". El tal no podrá ser nunca espíritu creador.

Pero, no por tener que hacer una revisión completa de nuestras creencias religiosas rechacemos toda creencia en lo transcendente. La intuición religiosa es eterna y tan valedera como otra intuición o instinto cualquiera. Nos pone en contacto con un mundo espiritual tan objetivo y real como el mundo visible y tangible en que solemos movernos a diario. Hay que luchar por tener fe de hombres, fe de aventureros, que no se amedrará ante el misterio, ni se conformará con la idea de que el universo nos haya gestado y dado a luz para dejarnos solitarios.

El propio Unamuno se vió obligado a abandonar su fe primitiva, pero luchó por buscar otra hasta hallarla.

En uno de sus ensayos, "Mi religión", nos describe su actitud batalladora frente al universo. "Mi religión", dice, "es luchar incesante e incansablemente con el misterio. Mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob. No puedo transigir con aquello de Inconocible o Incognoscible, como escriben los pedantes; ni con aquello otro de: «de aquí no pasarás»." En un hermoso pasaje de su libro "Del Sentido Trágico de la Vida", nos hace sentir la paz que su corazón experimenta por el convencimiento de que el mundo no es ningún orfanatorio: "Creo en Dios como creo en mis amigos; por sentir el aliento de su cariño, y su mano invisible e intangible que me trae y me lleva y me estruja; por tener íntima conciencia de una providencia particular y de una mente universal que me traza mi propio destino".

3

Un tercer grupo tiene el sentimiento del cementerio. Es el de aquellos que viven a base de la convicción de que todo lo humano, así lo bello y lo bueno como lo feo y lo malo, va a parar por igual a la tumba. Todo, por consiguiente, es transitorio y relativo, nada eterno ni absoluto. ¿Por qué afanarse demasiado, entonces, en reformar el mundo? Reformar es inmoral. Dejémoslo todo tal cual está. Resultará más interesante así. Entretanto exprimamos de la vendimia de la vida los jugos más dulces que contiene y, cuando ya no haya más, pues a morir.

Son muy bellos a menudo los cementerios. Se han destinado para hermosearlos todos los recursos del dinero y del arte. Tienen rincones que parecen ciudades encantadas. Paseándose por allí cuesta creer que se trata de viviendas de difuntos. Uno espera que algún rostro hermoso asome tras una ventanita o que algún caballero abra con gesto señorial la reja de su castillo. Pero estas

moradas, maravillosos remedos de las casas de los vivos, no son sino cámaras mortuorias. Las pueblan los restos de queridas prendas, que después de haber vaciado cada una su cáliz fueron deslizándose en silencio al reposo.

¿Es la filosofía de un Omar Khayyam la única que cabe ante lo transitorio de lo humano y la certeza única de la muerte? ¿Vale la pena seguir luchando por un ideal desinteresado? ¿Qué garantía tenemos de que jamás se realice? Dado que la única seguridad absoluta que tenemos es que todo acaba, ¿no debe ser nuestro ideal gozar de la vida todo lo que nos sea posible?

Mirando la cuestión con calma, por lo menos podrá decirse que el sentimiento del cementerio nunca ha creado obras idealísticas ni duraderas, no ha hecho más que un cementerio del mismo corazón. Si todos lo tuvieran, el mundo acabaría, pero no en un nirvana exento de deseos, sino en un infierno de deseos defraudados.

¡Cosa terrible es no poder agarrarse a nada eterno ni absoluto que le haga a uno superior a sus dudas, sus pasiones y la ingratitud humana! ¡Qué trágica voz la de Mariano José de Larra al final de su célebre sátira "El Día de Difuntos de 1836"! Terminada la descripción de todos los sepulcros madrileños, en la que ha dicho: "Madrid es el cementerio, pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o un deseo", Larra concluye con este grito de dolor: "¡Santo Cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero!: *Aquí yace la esperanza*... ¡Silencio, silencio!!!" De allí a poco el autor se pegó un tiro y el silencio se hizo para él.

4

Queda todavía otro modo de sentir el mundo, el sentimiento más adecuado y dinámico de todos, el que más

se adentra en las entrañas de las cosas, el que intuye mejor el corazón mismo de la realidad. Es el que suministra al hombre la visión más clara de su significación en el mundo y que le infunde mayores energías para la realización de su destino. Lo llamaré el sentimiento hogareño del universo.

La institución humana que representa, o que debe representar para ser fiel a su carácter, la cumbre de la espiritualidad, es el hogar. Este es la esfera del amor, de la confianza y de la perfecta amistad. ¿Por qué no pensar que el hogar verdadero sea microcosmos del universo? En vez de proyectar a lo infinito la máquina, el orfanatorio o el cementerio, como lo que más se asemeja a la realidad última, ¿por qué no proyectamos el hogar? No se diga que tal procedimiento es filosóficamente ilícito, por estar fundado en un concepto antropomórfico. ¿Acaso no son conceptos antropomórficos la máquina, el orfanatorio y el cementerio? ¿Cómo podrá el hombre pensar sino en términos de lo que es, de lo que siente y de lo que sabe? Ha de pensar lo último, de acuerdo con las categorías más adecuadas que le proporcione la experiencia. De otro modo no podría haber ni ciencia, ni filosofía, puesto que ambas son en último análisis antropomórficas por ser creaciones del hombre. Siendo esto así, ¿qué es más lícito, tratar de explicar el universo con arreglo a lo más bajo de nuestra experiencia o a lo más alto? No titubeamos en decir que hay que pensar el cosmos en términos de la realidad culminante de la experiencia humana, vale decir, de personalidad amistosa; no de personalidad abstracta y fría, sino de personalidad concreta, cálida y amante. Y puesto que en el hogar es donde hay que buscar en su expresión más perfecta esta sublime realidad, hagamos de aquél nuestra categoría interpretativa del universo. La realidad suprema ha de ser amistosa, y el sentimiento humano que más fielmente interpreta lo que es más íntimo en la existencia es lo que hemos llamado el sentimiento hogareño.

La vida es comparable a un antiguo alcázar señorial. Tiene sus torres bañadas de luz y sus sótanos sumergidos en tinieblas. Ya se goza en las alturas de los esplendores matinales, de las vistas preciosas, de los aires tonificantes, ya se ve anegado en la negrura de abajo, donde se sufre y desespera. Pero esté uno extasiado en un mirador o sofocándose en un calabozo, no le anda lejos un corazón amistoso. No hace falta sino un suspiro por paz y pureza, una confesión balbuceante pero sincera de haber pecado contra la virtud. una plegaria agónica en demanda de nuevas fuerzas, para que el corazón amistoso y fraternal que late eternamente al compás del dolor humano, inunde con luz el calabozo del corazón, introduciendo en él la atmósfera amistosa del hogar.

El mundo moral está constituído de tal manera, que ningún sollozo de corazón quebrado y anhelante se pierde en el vacío. Despertará siempre un eco en el infinito Corazón de Amigo que pulsa tras la cortina de nuestra incredulidad, ansioso de descorrer el velo divisor para enriquecer nuestra vida. El sentimiento de esta Presencia. tan amistosa y soberana, nos da, como a Unamuno, paz en la guerra y confianza en el destino. La lucha por el perfeccionamiento personal y del mundo no será vana ni la victoria incierta, porque la última realidad es santa y paternal.

VI

EL SENTIDO DE LO CRISTIANO

"Si usted me llama Cristiano", dijo últimamente un indostánico a un hombre del Occidente, "yo me daré por ofendido, pero si me llama hombre cristiano, será para mí un altísimo honor". Las palabras no podrían ser más sugestivas. Ser cristiano no significaba para ese oriental sino profesar una religión determinada, pero "hombre cristiano" era para él una persona que viviera de acuerdo con el espíritu y principios de Cristo.

Mucho se ha escrito sobre el cristianismo como religión histórica, como organización eclesiástica y como sistema dogmático, pero mucho menos, y en español poquísimo, se ha dicho acerca de él como sentimiento vital y renovador. Yo no pienso ocuparme aquí de las pretensiones de tal o cual confesión cristiana de ser heredera legítima del cristianismo primitivo. No me interesa tampoco en este instante decidir cuál de las banderas dogmáticas que agitan las diversas agrupaciones cristianas interpreta mejor la ideología de los Textos Sagrados. Considero, pues, que muchos pueden fundamentar su derecho a llamarse cristianos por su vinculación eclesiástica o la pureza de su ideología, que no estén nada compenetrados por lo cristiano, vale decir, por el nuevo espíritu o sentido introducido al mundo por Jesús. Son cristianos de nacimiento o de profesión, pero no son hombres cristianos, personas en quienes el espíritu de Cristo, del que nos habla en forma tan hermosa Ricardo Rojas en su "Cristo Invisible", se haya hecho carne, transformándoles la vida entera, haciéndoles más hombres, hombres

verdaderos. Pueden ser cristianos de profesión u oficio, pero no cristóforos, portadores de Cristo.

De suerte que es de lo cristiano de lo que voy a hablar ahora. ¿Qué es lo cristiano? ¿Cómo hay que sentirlo? ¿Cuál es su sentido íntimo? ¿En qué forma se le da expresión más castiza?

Para poder adquirir el sentido cabal de lo cristiano es menester considerarlo desde dos puntos de vista: primero, desde el punto de vista de la influencia que ha ejercido y ejerce, y segundo, desde el punto de vista de su esencia. Mirando actuar lo cristiano a lo largo de los siglos, quedaremos convencidos de que hay allí una realidad que merece nuestra atención detenida. Captando el meollo de lo cristiano, el corazón nuestro adquirirá un nuevo sentido, el más potente y creador de los conocidos.

1

Lo cristiano es una creación del espíritu de Cristo. Es la expresión de todas las influencias superiores emanadas de Jesús que han propendido a la transformación de la vida. "Todo lo vital del mundo occidental", ha dicho el Conde de Keyserling en uno de sus últimos libros, "se lo debe al cristianismo". Ello es indiscutible. La emancipación de la mujer, la abolición de la esclavitud, la legislación obrera, la educación popular, las sociedades filantrópicas, las campañas contra las enfermedades, la democracia misma y el espíritu internacionalista, todos son productos netos del cristianismo. Todo ello denuncia la presencia de lo cristiano, de lo de Jesús. "Hasta el bolcheviquismo", dice Keyserling, "el primer movimiento grande que ha renegado de Él radicalmente, ha descendido en línea recta de él. Sin Jesús, sin Él, que proclama el valor infinito del alma humana y da preferencia a los miserables y afligidos, no sería posible concebir el bolcheviquismo".

Echemos una ojeada al mundo contemporáneo, sobre

todo al Africa y a los países de Oriente, para ver hasta qué punto Jesús va influyendo sobre ellos.

En el continente africano el hombre blanco ha escrito una de las páginas más vergonzosas de su historia. Tal ha sido en general la huella de la llamada cristiandad en el continente de los negros, que uno de éstos dijo, no hace mucho, que si Cristo volviera al mundo en piel blanca los negros lo rechazarían. Por muchos siglos los llamados cristianos de piel blanca solían dejar a Cristo en el abismo oceánico al llegar a playas africanas. Se dedicaron a la caza de negros y elefantes, para quitar a éstos sus colmillos y a aquéllos su libertad, llevándolos a tierras de América. Aún en el día de hoy es prohibido a los negros en las ciudades sudafricanas caminar por las veredas: tienen que andar por el medio de la vía, como los bueyes y caballos. Y aun cuando un hombre de color sea titulado de universidad extranjera, no importa; ¡ni siquiera él puede codearse con los blancos sobre la acera!

Pero, en medio de las sombras hay destellos de luz. En la historia del siglo diecinueve no hay figura más llena de lo cristiano que la de David Livingstone, hombre que dedicó la vida a la doble tarea de descubrir para la civilización las entrañas del continente africano y de hacer llegar al corazón de los pueblos indígenas el sentido de la divina amistad, interpretada y mediada por la suya propia. Luchó con denuedo cristiano contra el tráfico infame de esclavos, que aún continuaba en su tiempo; no llevaba armas sino para procurarse comida y defenderse de las fieras. Al fin cayó enfermo, hallándose a la sazón en la región del Lago Tanganyika, que él fuera el primero en explorar. En una carta escrita poco antes de su enfermedad para un diario de los Estados Unidos, el descubridor de las fuentes del Nilo consignó estas palabras, que hoy están grabadas en la lápida de su sepulcro: "Todo lo que puedo agregar en la soledad en que ahora vivo, es que desciendan ricas bendiciones de lo alto sobre todo aquel —fuere americano,

inglés o turco— que haga algo para sanar esta llaga descubierta del mundo". Se refería al inicuo comercio en carnes humanas.

Una mañana, a las cuatro de la madrugada, los fieles africanos que acompañaban siempre a Livingstone en sus viajes, lo encontraron muerto en su carpa, de rodillas junto a la cama. Había elevado al Altísimo su última plegaria, por la amada tierra africana. Sus inseparables amigos negros extrajeron del cadáver el corazón de su héroe adorado, dándole sepultura al pie de un árbol frondoso. Una vez embalsamado el cuerpo, las mismas manos lo llevaron a la costa, llegando a los nueve meses de viaje penoso al puerto de Zanzíbar. Aquél descansa ahora en la Abadía de Westminster, y el corazón del héroe cerca del corazón del Africa. Hermosa epopeya de lo cristiano, cuando por la infinita amistad de un corazón se le comunica a corazones ajenos.

Pasaron unos cincuenta años. Los inmigrantes indúes del Africa del Sur, en cuya defensa Gandhi se hiciera famoso una década antes, volvieron a sufrir grandes indignidades. Cuando, por fin, las autoridades sudafricanas se dispusieron a entrar en arreglos con los colonos de la India, ¿a quién creéis que nombraron éstos como representante suyo en las negociaciones? A un tal Andrews, inglés de origen, pero indostánico de corazón, y amigo íntimo de Gandhi y Tagore. Compenetrado de lo cristiano, Andrews había ido a la India como simple misionero de la amistad de Dios, llegando a identificarse en forma absoluta con las aspiraciones y necesidades del pueblo indostánico.

Pasemos al Asia. No hay fenómeno más significativo que el hecho de que la India de hoy parece dispuesta cada vez más a aceptar lo cristiano y a Cristo, aun cuando reniegue de todo sectarismo y dogmatismo religioso del occidente. El grupo de cristófilos aumenta a paso acelerado. Jesús está llegando a ser la conciencia de la nueva India. Cuando los compatriotas de Gandhi

quisieron aplicar a su venerado caudillo el calificativo más alto que pudieran idear, lo llamaron "Hombre parecido a Cristo". Hay indúes y mahometanos que se abstienen ya de ciertas actitudes por ser contrarias a lo cristiano. Por la influencia de Cristo se están modificando las mismas religiones autóctonas.

La última revolución china, aquel movimiento grandioso de resurgimiento de la raza milenaria y purificación de las fuentes de su vida, se inspira en lo cristiano. En instituciones cristianas de la China y del extranjero habíase educado una generación nueva. Siete de los diez miembros del gobierno de Nankín son discípulos de Jesús.

Uno de los hombres más extraordinarios del Japón contemporáneo se llama Yoyohiko Kagawa. Es el Dostoyevski del Oriente. Una novela suya, "Antes del alba", en que se cuenta la experiencia trágica de un alma en busca de luz, es digna de compararse con las del gran ruso. Más de medio millón de ejemplares se han vendido en el Japón y los pueblos de Oriente. En 1911, cuando apenas tenía veintiún años, Kagawa fué a vivir entre los pobres de un barrio bajo de la ciudad de Kobe. Allí vive desde entonces, compartiendo la vida de los pobres y trabajando en favor de ellos, salvo en dos años que dedicó a estudios en el extranjero. Es socialista y ha sido secretario de la Federación Laborista del Japón. Su pasión es reformar las condiciones sociales de su patria, y la inspiración y normas para las obras que realiza las encuentra en Jesús. Porque Kagawa es un cristiano en quien Cristo se ha hecho carne. Ciego ya de un ojo a los cuarenta y un años, lucha para que su Maestro se reproduzca en la vida de sus compatriotas, a fin de que por la infusión de lo cristiano se revolucione toda la vida nacional.

2

Cualesquiera que sean nuestras opiniones sobre la religión, sobre el cristianismo o sobre las iglesias cristianas,

no podemos negar que lo que se ha llamado aquí lo cristiano, emanación del espíritu de Cristo, ha sido y es la influencia más renovadora que conoce la historia. ¿En qué consiste la esencia de esta fuerza superior, y cómo se engendra en las entrañas de un hombre?

Lo cristiano es ló de Cristo. Acaso el aspecto más revolucionario del pensamiento religioso contemporáneo es el movimiento denominado "vuelta a Jesús". Se ha querido remontarse por el laberinto de la historia cristiana, penetrar más allá de los credos dogmáticos, más allá de la organización eclesiástica, hasta llegar a la figura prístina del Galileo. La enseña de este movimiento ha sido: "Queremos ver a Jesús". En el año 1910 un profesor de la Universidad de Estrasburgo, Alberto Schweitzer, publicó un libro célebre titulado "La búsqueda del Jesús histórico", en que estudiara los esfuerzos hechos hasta entonces para encontrar al Maestro cristiano. Desde esa fecha han salido otras centenares de Vidas de Jesús, y lo más interesante es que ya no son los clérigos ni los religiosos profesionales quienes más se ocupan en sacar vidas de Cristo, sino literatos, periodistas y sociólogos. Dios se ha secularizado en nuestra época, dice José Ortega Gasset. Y ahora que figuras eminentes en las letras contemporáneas, tales como Emil Ludwig, Middleton Murray, Henri Barbusse, Giovanni Papini, Hermann de Keyserling y nuestro Ricardo Rojas escriben o una Vida de Jesús o un estudio sobre Él, podría decirse que Jesús también se está secularizando. Éste es tan universal, que cada cual halla en Él rasgos distintos, de acuerdo con su propio carácter, resultando así cada biografía que sobre Él se escribe la autobiografía del mismo biógrafo. Pero lo más interesante es observar la fascinación creciente que el Hombre va ejerciendo sobre los hombres más representativos. Se ha calculado que se han escrito en todos los idiomas unas 50,000 monografías sobre Aquél.

Movidos por la misma ansia universal de conocer al

Hombre, mirémosle por nuestra cuenta. Al estudiarle en las páginas evangélicas, vemos a uno cuyo legado principal para el mundo no fué, como en el caso del Buda, su profunda doctrina, sino la vida perfecta, de la que al final se dejara despojar en obediencia a la ley eterna del progreso espiritual. No vemos a ningún "dulce Rabbí" inofensivo, ceñido a la griega de lirios galileos e incapaz de herir con su palabra a nadie, sino un Jesús másculo, de gestos varoniles, que lanzara tremendos anatemas contra los fariseos hipócritas, verdugos de los pobres e indefensos; uno que arrojara del templo a latigazos a los ruines mercaderes que explotaban la religiosidad popular. No vemos tampoco un ser triste y apagado, que, como dijera Swinburne, "nubló el mundo con su aliento". Y, como dice muy bien Ricardo Rojas, Cristo no era, como se ha querido hacerlo, "un arquetipo de pordioseros, una especie de piltrafa humana, de escabel para los pies de todos, compendio de miserias y dechado de humillaciones".

Vemos un rostro radiante de caudillo que atraía a todas las almas sinceras y anhelantes. Oímos una voz que impresionaba a cuantos lo escuchaban por la forma autorizada en que solucionaba los problemas más hondos y discutidos. Sus palabras descorrieron el velo al misterio del mundo, haciendo ver la figura amistosa del Padre, para quien lo mismo los lirios y los gorriones que los niños y los desamparados, tenían hondo significado. Sentimos un amor como de ningún otro que ha vivido en la tierra. Es un amor que transforma a los amados porque los ama a despecho del mal que los demás hablan acerca de ellos y a pesar de las cosas malas que sabe de ellos el mismo Amante. No es amor ciego sino creador. Es el amor con que Jesús transformó en hombre de bien a Zaqueo, el funcionario deshonesto, y a la Magdalena penitente en mujer santa. Es el amor que le moviera a decir en vida: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os

odian, y orad por los que os ultrajan y os persiguen"; el mismo amor que a la hora de la muerte angustiosa. precio de haber amado, hiciera brotar de sus sedientos labios una plegaria por sus verdugos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Es este amor que no reconoce fronteras, que ni la maldad ni la ingratitud humana pueden apagar, y cuya mayor gloria es una Cruz, lo que constituye la médula de lo Cristiano y la única fuerza capaz de rescatar el mundo de la barbarie. Con razón decía Rodó, ante tal manifestación de amor, que Jesús era el verdadero autor de la caridad.

3

Lo cristiano como fuerza creadora de amor y no como simple doctrina está íntimamente ligado a la persona de Cristo. En el estudio admirable sobre Jesús con que el Conde de Keyserling concluye su libro "Figuras Simbólicas", el filósofo alemán tiene el gran acierto de relacionar la influencia renovadora del Cristianismo, o, como hemos dicho aquí, de lo cristiano, al través de los siglos, con Jesús mismo. Este era más original que su doctrina, y ocupa por eso un lugar más central en el cristianismo, que el que ocupan Budha, Mahoma o Confucio en las religiones por ellos fundadas. Keyserling da a Jesús el nombre de "Mago". Entiende por este término uno que *es* y que no está en mero proceso de realizarse, uno que *posee* la verdad y no un simple buscador de ella, uno que se sirve de sus conocimientos para *modificar* radicalmente su ambiente y no un simple "savant" que atesora sus conocimientos en la cabeza. Jesús es, para Keyserling, el tipo perfecto y absoluto del Ser Superior. El introdujo al mundo un nuevo "sentido", fuente de todo lo más puro, de todo lo más vital, de todo lo más creador que tiene el mundo.

¿Cómo adquirir este "sentido"? Se llega a posesionarse de él, dejándonos compenetrar por Jesús mismo. Nuestra actitud ha de ser de perfecta receptividad a su

influencia, de rendición absoluta a su voluntad soberana. He aquí la aventura magna del espíritu humano: fiarse de Uno que, según todas las evidencias, es y sabe y puede. En Él tocamos lo eterno y lo último. A través de Él nos relacionamos con Dios, el arquetipo paternal de quien Jesús era perfecto trasunto e intérprete en la tierra, y a quien Jesús, hecho ya Espíritu, conducirá las almas hasta que despunte el día en que la humanidad entera se habrá redimido del mal por y para el amor.

Lo que sucede en nuestra época cuando un hombre se entrega en cuerpo y alma al Espíritu de Cristo, lo ejemplifica en forma épica la carrera de Alberto Schweitzer, célebre autor del libro "La Búsqueda del Jesús Histórico". Cuando escribía ese libro era Schweitzer catedrático de la Universidad de Estrasburgo. Por los hondos y prolongados estudios que había hecho para descifrar la verdadera personalidad de Jesús, quedó convencido de que había algo tan importante, tan misterioso y tan único en esta figura, que las investigaciones históricas eran incapaces de definir o clasificar, concluyó luego el libro con estas palabras: "Él viene a nosotros como un desconocido, sin nombre, como vino de antaño, a orilla del lago, a aquellos hombres que no le conocían. Nos dice la misma palabra: "Sígueme tú", y nos señala las tareas que tiene que cumplir en nuestra época. Nos manda, y a aquellos que lo obedecen, sean gentes sabias o sencillas, Él se les descubrirá en las tareas, los conflictos y los sufrimientos por los que han de pasar en su compañía y, como misterio inefable, aprenderán en su propia experiencia quién es Él".

¡Palabras proféticas! El autor de ellas dióse cuenta al escribirlas, que hay un conocimiento de Jesús y de lo cristiano que no puede conseguirse en la cátedra de maestro. Lo más hondo, no puede ser comunicado ni aprendido en las escuelas; tiene que ser sentido y experimentado en el camino, siguiendo en pos del Maestro mismo. ¿Cuál era la tarea que el Maestro imponente y

misterioso impuso a Alberto Schweitzer? Éste parecía oír en los hondones de su ser una voz de mando que le decía que se aprestara para saldar parte de la tremenda deuda que los hombres blancos habían contraído con sus hermanos negros. Emprendió en seguida el estudio de la medicina. Al graduarse de médico, se despidió de su cátedra y del mundo civilizado para internarse en los bosques vírgenes del Africa occidental. Nació así una obra cristiana entre indígenas africanos, en la que Schweitzer ya cuenta con la colaboración de otros espíritus selectos y cristianos de diversos países europeos que han ido a colaborar con él.

Pero lo más extraordinario queda por decir. ¿Cómo se sostiene esta obra? Alberto Schweitzer une a la profundidad filosófica de un Raimundo Lulio y a la pasión humanitaria de un Bartolomé de las Casas, el talento musical de los grandes maestros alemanes. Él ha publicado la edición autorizada de la obra de Sebastián Bach, de cuya música es el mejor exponente. De cuando en cuando Schweitzer vuelve a Europa. Entonces da audiciones musicales de órgano en París, Berlín y Londres, a que concurre la "élite" de esas capitales. Con el producto de los conciertos que dedica a la cultura de la Europa blanca, mantiene la obra que ha dedicado a la redención del Africa negra. — Hace pocas semanas Schweitzer ganó el premio Gœthe por un ensayo sobre el excelso poeta, y el dinero que le otorgaron con ese motivo lo dedica también a la causa a que ha dedicado su vida.

"¡Sígueme tú!". La Voz continúa sonando con los mismos acentos que ayer a orillas de Genezaret. Sonó hoy de madrugada en los claustros de Estrasburgo. A estas horas suena en mis oídos y en los suyos, compañeros. ¡Silencio! "Sígueme, y tú serás hombre y yo te daré vocación. Llegarás a conocer la verdad y yo seré tu amigo. Vivirás como hijo en el mundo del Padre, y con mi apoyo leal y sempiterno cumplirás tu destino."

Date Due

(M) Christianity